



literatura y libros

(CRÍTICA)

RC03711

1.6, la 4ta, 4ta, 2a, 24.12.78

2145

Los veteranos del 70: esa obstinada y cruel necesidad de vivir

1979

ANTONIO OSTORNOL A

Carlos Olivarez (constructor de esta antología literaria de la nostalgia, que llamó *Los veteranos del 70*, Editorial Melquiades, 1988) comentaba que lo único que le había sorprendido —y alertado al mismo tiempo— fue la queja de Antonio Skármeta, porque el libro adjudicó el adjetivo de "veteranos" a quienes, bajo ningún aspecto, debía enojarse.

Sin embargo, la sorpresa y el asombro tienen su explicación, ya que al leer este libro, inevitablemente la lectura se va tornando con el aire de lo ido, de lo nostálgico, como esas tardes solitarias en que algún ciudadano chileno —de esos que tienen "de treinta para arriba"— se instala a oír la cuidadosa colección de *Los Beatles*, fluctuando entre la tristeza, la ternura y la rabia de que todavía suenen *Yesterday* y *Let it be*, y la certeza de que ya nunca más tendrán compuestas.

En este punto, entonces, el calificativo de "veteranos" tiene su explicación, su lógica, su fuerza de convicción. Porque hay un hecho evidente: esta generación (¿qué correcta su designación?) encarnó, propuso y realizó una actitud de vida, que rebasa con creces las concretizaciones literarias. Son, dicho en otros términos, el signo de una historia que se truncó violentamente.

A veinte años de las revoluciones juveniles

del 68 (México, Francia, Praga), esta antología aparece como un verdadero homenaje a la memoria de un tiempo chileno, que poco y nada tenía que envidiar a los épicos movimientos y rebeliones de signo joven que rememoran las canchales segundadas del mundo de entonces. Aquí, en nuestro país, los movimientos juveniles consagraban —y entre ellos los escritores— la era de las grandes utopías: revoluciones en libertad, o con espaldas y vino tinto, los proyectos más insólitos y transformadores que nuestro país fue capaz de concebir, más allá de toda creencia y seguidismo de las viejas tradiciones culturales, clásicas o ideológicas.

Y si en relación a los grandes proyectos público-sociales, nuestro país fue constructor de utopías, sus jóvenes de entonces —herederos legítimos del rock, del movimiento hippie, las pildoras anticonceptivas y los grandes viajes a la aventura— fueron constructores del desentendimiento, de la desfachatez, del entusiasmo y de la pérdida productiva de la solemnidad y los requisitos estilísticos. En este sentido, son herederos de una tradición que comienza a desarrollarse con mucha antelación en la literatura chilena. En su postura crítica, está presente la colosalidad irreflexiva de Nicanor Parra, tocándose con los ángeles, o la rebeldía e insolencia de un Neruda, frente a los tristes insanos o a los dominadores del aire.

Esa generación que irrumpió en el ámbito literario de los años sesenta, consuma la estética democrática de un lenguaje que se desvía de todo artificio y se pone al servicio de la vida, como un inmenso receptáculo (pero no por vano, poco selectivo) de los nuevos impulsos, hábitos y tendencias que en esos años afloraban por todas partes en la vida social. Por ello, sus personajes aman en medio de los rayados políficos (Jerón), o las muchachitas epigonales llevan sus amores platónicos hasta el límite exacto de los orgasmos, ofendidos como irresponsabilidad para siempre (Milano), o un muchacho, entre tímido y arrogante, trata de conquistar una noche norteamericana que se revela en la rubia platina de todos los sueños (Baeza), o esos modestos jóvenes de clase media que



sacían con ser grandes poetas y conquistaban esas mujeres que, hasta entonces, fueron sólo patrimonio de la aristocracia (Domínguez, Olivarez). Pero, evidentemente, no son los jovencitos triunfadores de las películas norteamericanas de los años cincuenta. Suelen caer derrotados, es habitual que los cosas les salgan mal (Van al hotel patero y no hacen el amor, pasan un fin de semana en Viña y se quedan sin dinero para volver, consiguen una chica y los padres se interponen); dicho de otro modo, tampoco se pretenden los aventureros victoriosos ni los vencedores por autosatisfacción; son simplemente, seres humanos dispuestos siempre a buscar la experiencia positiva, a transformar la cotidianidad en una especie de himno al optimismo: en efecto, es cierto que nunca ganan del todo e, incluso en sus mejores momentos, se les cuele la nostalgia, la tristeza, el vacío, la tragedia; pero también es cierto, que nunca pierden del todo, que la derrota (en su sentido total) y absoluto no existe en su literatura.

La poesía que confiere esta antología (aporte importante, ya que demuestra que la generación del 70 es más que sus narradores —los más apreciados como fenómeno

generacional—) ratifica la presencia de estos signos vitales, expansivos y transformadores, que la narrativa ofrece.

Hernán Miranda escribe: "No es la Humanidad en lo que se ha reunido aquí en la Sala de Sesiones. Más todos los problemas de la Tierra es posible que tengan su lugar en la Tabla del Día de hoy". Estos versos parecieran constituir una suerte de emblema para esta generación. Todo, absolutamente todo, puede entrar en el ámbito de sus trabajos poéticos: la historia grande y chica; el amor y el desencanto, el sexo de todas maneras, la hipocresía y la verdad, la política exterior, con su patria y sus hijos circunscriptos, el idioma, los lenguajes múltiples y cambiantes, el insulto y el lugar común, la intersección, una leguleyada o un latínismo. Estos autores —y esta antología— son omnívoros, como sus propuestas poéticas, como sus impulsos de vida.

Los textos reunidos por Olivarez pertenecen a los años setenta y giran en sus proximidades. Sin embargo, al leer diversos autores (algunos muy conocidos, otros no tanto), el ejercicio de comparación va develando una intuición bastante terrible: la crudeza, esa enorme capacidad de abandonarse al dolor ajeno, se perfila como subtexto de varios relatos y poemas. Esa percepción aterradora, esa brutalidad de la existencia, históricamente se hizo presente en los últimos momentos en que esta generación consagraba sus acciones producciones. Y, en este sentido, todo lo que existió antes de los exilios, las prisiones y las muertes de esta generación (y de sus libros), queda circunscrito a una veterana ineludible, de la cual sólo puede rescatarse un acto de fe: como dice Olivarez en el Prólogo de ayer en adelante: "ninguno de los que están —y los que no— ha sobrevivido en sus ficciones. Tenemos claro que los sueños terminan. Sin embargo, también sabemos que es necesario estar muy despiertos para recordarlos y tener fuerzas para apurarse en los que vienen".

Esos veteranos del setenta, creo, han sabido dar testimonio de lo que, posiblemente, se constituya en su gran aporte a la literatura: esa obstinada y cruel necesidad de vivir, y escribir la vida. □

Los veteranos del 70, esa obstinada y cruel necesidad de vivir [artículo] Antonio Ostornol.

AUTORÍA

Ostornol A., Antonio, 1954-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los veteranos del 70, esa obstinada y cruel necesidad de vivir [artículo] Antonio Ostornol. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile